

LA COMUNICACIÓN EN **NUESTRA AMÉRICA**

A Luis Ramiro Beltrán Salmón, *in memoriam*

“Cuando la palabra se hizo carne, el hombre se volvió un animal comunicante”, escribe el filósofo peruano Edgar Montiel, colaborador de *Archipiélago*, en su libro *El humanismo americano. Filosofía de una Comunidad de Naciones* (2000). Y después agrega: “Del encuentro fecundo de los signos nació la comunión, es decir la comunicación y el sentido de pertenencia a una comunidad. La América antigua fue siempre rica en signos y alegorías, atesorando un patrimonio simbólico excepcional que alcanzó cumbres de refinamiento, como lo atestiguan las manifestaciones del arte maya, mochica, aymara e inca.”

La comunicación, innata al ser humano, ha cobrado inusitada relevancia en el mundo globalizado de nuestra época, un mundo en el que priva la desigualdad social auspiciada en buena medida por los medios masivos de comunicación, nacionales y transnacionales, en su mayoría oligopolios dominados por las fuerzas del mercado y fieles reproductores de su ideología. Ejemplo de ello es el paradigma occidental de la democracia representativa, en el que la mercadotecnia, la informática y la comunicación social determinan en gran medida, no sólo los procesos electorales, sino el ulterior desempeño de individuos e instituciones de ellos emanados. Esos monopolios mediáticos —el cuarto poder— son los principales promotores del consumo mediante los artificios de la publicidad, de la cual nadie ni nada se libra. Es irrisorio, por ejemplo, presenciar en la pantalla del televisor a comentaristas deportivos de un partido de fútbol promoviendo entusiastamente la tarjeta de crédito del Banco que patrocina el evento. O escuchar a conductores de la radio ofreciendo aparatos de limpieza o comida chatarra en los intervalos de un noticiero. Los dueños del dinero imponen sus designios y propician una vida disipada, banal e intrascendente, en la que proliferan los paraísos artificiales que tienen sumida a la humanidad en la violencia, el desconcierto y el desencanto. Los valores del espíritu y de la cultura son mientras tanto sistemáticamente relegados. El dinero. El “estírcol del diablo”, le llama el Papa Francisco en el discurso que publicamos en esta edición, parafraseando a Basilio de Cesarea, discurso en el que afirma que el mundo necesita un cambio para que todos puedan vivir mejor. Presente está la frase del poeta veracruzano Salvador Díaz Mirón (1853-1928): “Nadie tiene derecho a lo superfluo, mientras alguien carezca de lo estricto...”

Reflexionar hasta qué punto la tecnología digital concuerda o se contrapone con esta situación es fundamental. Las redes sociales, los teléfonos celulares y el internet, producto del desarrollo científico y tecnológico del género humano, juegan sin duda un rol protagónico en el modo de vida de nuestro tiempo, en el que perviven formas ancestrales de comunicación, palpables en las calles y plazas de las ciudades, en los espacios públicos en donde la gente se encuentra, se relaciona, celebra, protesta, se manifiesta, compra, vende... “La ciudad es la comunicación humana”, nos dice la Carta de Machu-Pichu (1977), en la que se establece que no sólo hay que preservar las zonas monumentales históricas y arquitectónicas, sino también el Patrimonio Cultural de la Humanidad. En realidad, los medios de comunicación alternativa se han convertido en un poder fáctico que sirve lo mismo a las buenas como a las malas causas. Bien lo decía el destacado comunicólogo boliviano Luis Ramiro Beltrán Salmón en su libro *El gran comunicador Simón Bolívar* (1998), en el que destaca la importancia que el prócer otorgaba a esta actividad en su lucha por nuestra emancipación e integración: “La comunicación es un instrumento *sine qua non* para la existencia humana. La sociedad, la cultura y la historia sólo son posibles por virtud del proceso de comunicación”.

Luis Ramiro Beltrán Salmón, miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago* y animador de esta utopía desde sus inicios, a quien rendimos un sentido homenaje en estas líneas, falleció en La Paz el 11 de julio, cuando estábamos cerrando esta edición. Primer receptor del Premio McLuhan-Teleglobe en 1983, el orureño recibió también el Cóndor de los Andes, la máxima condecoración boliviana (1983), y el Premio Nacional de Periodismo (1997), entre otros galardones. Coincidiendo con los conceptos de Edgar Montiel al inicio de este editorial, Luis Ramiro culminó su viejo sueño de investigar la comunicación precolombina al publicar en 2008 el libro *La comunicación antes de Colón. Tipos y formas en Mesoamérica y los Andes*, tarea en la que contó con el apoyo de Karina Herrera M., Esperanza Pinto S. y Erick Torrico V. El libro tiene la siguiente dedicatoria: “A *tlahcuilos*, *ajtz'ib* y *kipukamayuyq*, pioneros especialistas prehispánicos de la comunicación en Amerindia; a tejedores, escultores, ceramistas, orfebres y artistas indígenas, mujeres y hombres que con su arte y su conocimiento nos legaron la milenaria riqueza cultural y la destreza comunicativa que vencieron siglos de desconocimiento y emergieron imponentes con su plétorica expresividad.”

Con esta edición 89, *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América* celebra su 23 Aniversario. Y el próximo 6 de septiembre conmemoraremos los doscientos años de *La Carta de Jamaica*, documento trascendental en el que el Libertador planteó por vez primera la necesidad de formar una comunidad de naciones libres y soberanas en el mundo hispanoamericano. El gran comunicador Simón Bolívar. En eso estamos.